

después de la muerte... Ella hace venir abajo todo el tablado de recompensas y penas futuras; destruye toda esperanza de revivir más tarde y de recordar con dicha, en una forma más perfecta, las imperfecciones de nuestra existencia pasada... Es preciso resignarse á morir por completo... *La esperanza es un esclavo, la desesperacion un hombre libre.* ¿No es este el lenguaje de un furioso?

M. Carlos Martins, profesor de la Facultad de ciencias de Montpellier, corresponsal de la Academia de ciencia.—Expongo más detalladamente el atentado contra la ciencia, las monstruosas faltas de cálculo que el odio á la fe le ha hecho cometer, faltas que dan á la estalácmite de la caverna de Torquay trescientos sesenta y cuatro mil años de existencia, en vez de treinta y seis mil cuatrocientos años. Él reclama para la formación de otra estalácmite dos mil años en vez de ocho. ¡Qué hombre! ¡Qué sabio!

El médico materialista y ateo.—Un profesor de la Facultad de París, rodeado de sus discípulos, encontrábase en presencia de una enferma, retenida por una inflamacion cancerosa de los dos senos... Aconsejar á la pobre paciente que se matase hubiera sido la expresion natural de las convicciones ateas y materialistas del maestro; ¡pero se habria dado pábulo al escándalo!... ¡Expresar el deseo de verla recurrir al suicidio hubiera sido muy lógico, pero demasiado arriesgado! El maestro se contentó con expresar la pena que sentía, porque cierto escrúpulo religioso impedía á su enferma librarse por la muerte de los terribles sufrimientos de un mal ciertamente incurable. Si no hay para el médico, como el mismo pregona, ni alma inmortal, ni vida futura, si así el fin como el origen del hombre es el del animal, también es absolutamente cierto, que para él sería un derecho y un deber, ayudar á morir al enfermo incurable, y aun hacerle morir sin consultarle, como se mata un caballo muermoso, ó que se haya perniquebrado.

La Estadística.—Bajo la pluma de *M. Quételet*, secretario perpétuo de la Academia de ciencias de Bruselas, aquella de las ciencias modernas que parece sólo ha nacido para negar ó maldecir la Fe y la Revelacion, el cálculo filosófico de las probabilidades con su hija primogénita, la estadística, ha llegado á ser un auxiliar de la Fe. Ha probado en efecto, que las cualidades físicas de cada série de seres vivientes y sus cualidades morales, cuando se trata de seres inteligentes, son ordenadas, en su desarrollo, por una ley muy notable, la misma por doquiera, que arrastra necesariamente á la unidad de origen y de especie.

Capítulo décimo tercero.—*La Fe, salvaguardia de la ciencia.*—El ilustre Cauchy no habia vacilado en decir á todos los sabios de su tiempo, sus cofrades y rivales: «Si el sabio busca verdaderamente la verdad, que rechace sin vacilar toda hipótesis que esté en contradiccion con las verdades reveladas. Este punto es capital, no diré, en interés de la Religion, sino en interés de las ciencias. Por desatender esta verdad, algunos sabios han tenido la desgracia de consumir en vanos esfuerzos un tiempo precioso, que debiera haber sido empleado en hacer útiles descubrimientos.»

Hemos demostrado hasta la evidencia que nada de lo que, en la santa Biblia, toca de cerca ó de lejos con la ciencia, ha recibido un mentís; ¡y sin embargo la ciencia humana ha tratado millones de veces de ponerse en contradiccion con la Revelacion! Es, pues, necesario que la ciencia haya caído millares de veces en el error; pues bien, el error es siempre, más ó menos, una falla y un bochorno.

Esta gran verdad de que la fe es la salvaguardia divina, y como el guarda-fuego de la ciencia, está por doquiera en evidencia en mi libro; probémoslo todavía sin embargo, con algunos ejemplos.

La Luna y Laplace.—El Génesis afirma de la manera

más formal, que entre los diversos fines de su creación la luna tiene por destino iluminar la tierra. El más ilustre de nuestros astrónomos matemáticos ha querido dar un mentís á esta verdad más clara que el día. «Algunos partidarios de las causas finales, dijo Laplace, han imaginado que la luna fué dada á la tierra para iluminarla durante la noche.... En este caso la naturaleza no hubiera alcanzado el objeto que se habia propuesto, pues que á menudo nos vemos privados á la vez de la luz del sol y de la luna.... Para hacer de la luna un luminar de la tierra, hubiese bastado poner en el origen la luna en oposición con el sol, en el plano mismo de la eclíptica, á una distancia de la tierra igual á la centésima parte de la distancia de la tierra al sol, y dar á la luna y á la tierra velocidades paralelas, proporcionadas á sus distancias de este astro. Entonces la luna, en oposición incesante con el sol, hubiese descrito al rededor de este una elipse semejante á la de la tierra. Los dos astros se hubieran sucedido el uno al otro en el horizonte, y como á esta distancia la luna no hubiese sido eclipsada, su luz hubiera completamente reemplazado á la del sol.»

¡Esto es á la vez un mentís y una lección dadas al Creador! Pero el mentís y la lección sólo eran en realidad una distracción, por no decir una estravagancia. M. Lionville, discípulo ilustre de Laplace, ha demostrado rigurosamente la siguiente proposición: «Si la luna hubiese ocupado en el origen la *posición particular que indica Laplace, sólo habría podido mantenerse en ella durante un tiempo muy corto.*» ¡Qué golpe! Laplace, además, cerraba la puerta á los más interesantes fenómenos y violaba las leyes más esenciales de la astronomía, ¡aun las mismas leyes de Kepler! Suprimía la precesion de los equinoccios, la nutación, los eclipses de sol y de luna, eclipses que Kepler llamaba los pedregos del cielo, etc. En fin, hacer brillar todas las noches la luna en el cielo era representar impotente á la astronomía, ó al menos aminorar su dominio en una proporción enorme. ¡La aberración de espí-

ritu del gran astrónomo conducía hasta el suicidio! Héme aquí bien autorizado para decir que la Revelación es el guarda-fuego de la ciencia. Cuéntase que Laplace á trevióse á decir al gran Napoleón, que habia *podido constituir y explicar los Mundos, sin ni siquiera recurrir á la hipótesis de la existencia de un Dios.* ¡La palabra es cruel, pero nada prueba, aunque haya sido preferida! ¡Laplace, en su lecho de muerte, pidió y recibió los auxilios de la religión!

Los zodiacos de Denderah y de Esné.—De la disposición de las constelaciones sobre estos dos zodiacos, deducióse con estruendo que la creación del hombre, si es que habia sido creado, remontábase á quince ó veinte mil años, y durante muchos años, la ciencia atea que cree en todo, excepto en la verdad, vivió de esta revelación antibíblica. Pero presto los astrónomos y los arqueólogos llegaron á demostrar que estos dos monumentos no expresaban en lo más mínimo la precesion de los equinoccios, que eran de una fecha muy poco anterior, ó mejor dicho, posterior á la era cristiana, aun antes de que se hubiese leído sobre uno de estos zodiacos la palabra *autocrator*, que los colocaba en la era de los emperadores romanos. En efecto, Champollion el jóven habia deducido del carácter de las esculturas de los templos, todas del más moderno estilo, que no podían remontarse más allá de los Trajanos y Antoninos. Y el vizconde de Rougé da como absolutamente cierto que el zodiaco de Denderah no puede ser más antiguo que los Ptolomeos, ó ni siquiera que los primeros Césares. Ha demostrado despues invenciblemente que un zodiaco casi idéntico á los de Denderah y Esné no era más que un monumento astroológico, un tema de nacimiento, *signum natalitium*. Está, pues, completamente en nuestro derecho el repetir con el gran Cuvier: «Hé aquí lo bastante para disgustar á un espíritu acostumbrado á buscar en la astronomía la prueba de la antigüedad de un pueblo.»

Las láminas de la astronomía india.—Silvano Bailly, en

su *Tratado de la astronomía india*, no había vacilado en decir: «Creemos que los indios son inventores, que sus descubrimientos son originales y tomados de la naturaleza. Riqueza de la ciencia, variedad de los métodos, exactitud de las determinaciones, todo asegura á los indios la posesion de la invencion de su astronomía. La cronología india abraza por una filiacion seguida un intervalo de 7030 años.» Bailly devanabase los sesos en probar que esta duracion está en armonía con la cronología de los Setenta. Pero sus conclusiones sólo eran un sueño. «Bastaron, dice Francisco Arago, algunas líneas escritas por la pluma de Laplace, líneas siempre marcadas con el sello de la razon y de la esperiencia, para hacer desvanecer todo este castillo, y hacer descender al infortunado Bailly de lo alto del pedestal á que se había elevado á tan poca costa.» Sólo recordamos uno de los argumentos de Laplace: «Los movimientos medios que las láminas indias señalan á la luna y al sol, más rápidos de lo que deben ser segun Tolomeo, indican que son posteriores á este astrónomo, porque sábese por la teoría de la gravedad universal que los movimientos toman mayor rapidez [después de un gran número de siglos.]»

M. Biot y sobre todo el abate Guerin han completado la obra comenzada por Laplace.

El origen de la grasa y de la leche en los mamíferos; origen de la cera y de la miel en las abejas.—Aunque esto sea colocarme un poco fuera de mi tésis, perdonaráseme citar un cuarto ejemplo de los desvarios ó de las debilidades de la ciencia, cuando no tiene bastante en cuenta las verdades de la teología natural ó revelada. Perdiendo de vista el progreso que caracteriza las obras de la creacion, olvidando que el organismo de los animales es incomparablemente más complejo y perfecto que el de las plantas, cuatro de los más ilustres miembros de nuestra Academia de ciencias coligáronse y declararon con solemnidad que los animales no producen en manera alguna la grasa

que nos prodigan; que las abejas pueden formar completamente en la corola de las flores la miel y la cera que nos dan. «*Las materias grasientas sólo se forman en las plantas; pasan ya completamente formadas á los animales.*» Esta era la conclusion de esta ruidosa manifestacion. Asistí á la sesion en que se leyó, y jamás olvidaré el efecto de admiracion que produjo. Afirmar que la grasa, la manteca, la cera están contenidas completamente en las yerbas, las raíces ó las flores; que los granos comidos contienen y proporcionan toda la grasa del cerdo, del gamo y del capon, parecia un atentado al buen sentido. Y en efecto, otro químico ilustre, M. Liebig, demostró pronto por experiencias positivas que las *materias grasientas* contenidas en las patatas y en el heno no contribuyen en lo más mínimo á la formacion de la manteca, puesto que se encuentran aquellas en las feces de la vaca.» Después probó M. Persoz, balanza en mano, que la cantidad de grasa elaborada en los consumos de almidon y azúcar de maíz es más del doble de la contenida primitivamente en el maíz. El retorno al buen sentido verificóse, y todos admiran que los animales tienen la facultad de crear la grasa por medio de las sustancias azucaradas ó de los hidrocarburos que encuentran en las plantas.

Los errores y las aberraciones de la imaginacion y del microscopio.—El demasiado célebre Haeckel, el oráculo en Alemania de las ciencias naturales emancipadas de la fe, ha llevado la extravagancia hasta decir: «Todos los seres animados ó inanimados son el resultado de la actividad material, segun las leyes definidas de las fuerzas pertenecientes á la nebulosa primitiva del universo... El mundo actual existía virtualmente en el vapor cósmico; y una inteligencia capaz, conociendo las propiedades de las moléculas de este vapor, hubiera podido predecir, por ejemplo, el estado de la fauna de la Gran Bretaña en 1859, con tanta certeza como se puede decir en qué se convertirá el vapor del aliento en un día de invierno.» ¡Qué loca asercion!

Como prueba de esta evolucion continua que hubiera dado sucesivo nacimiento á todos los seres organizados y no organizados, Haeckel invoca el hecho de que los fetos de cuatro meses de edad del hombre, del perro, de la tortuga y del pollo vistos en el microscopio muéstranse idénticos ó al menos casi idénticos. Y no advierte que esta pretendida identidad es la negacion de la doctrina de la evolucion. En efecto, el primer sér protista ó protógeno, móneru ó eozon, sólo se hubiese convertido sucesivamente en diátomo, risápodo, cíclope, ascidio, pez, tortuga, pollo, perro y hombre, por medio de una série de trasformaciones indefinidas; y, por consiguiente, los fetos de la tortuga, del pollo, del perro y del hombre, que son toda la tortuga, todo el pollo, todo el perro y todo el hombre, deben diferir esencialmente los unos de los otros; de modo que el solo pensamiento de probar la identidad de fetos, productos necesarios, segun Haeckel, de evoluciones y de trasformaciones innumerables, en el espacio y en el tiempo, es en sí misma una contradiccion escandalosa, una indecorosa burla. Si el microscopio afirma esta identidad imposible, es que se le pide lo que no puede dar, ó que miente. Sólo podia afirmar y ha debido afirmar en realidad la unidad, la composicion orgánica, ó la similitud del desarrollo embrionario, doctrina admitida por Geofredo Saint-Hilaire, y la cual no es de ninguna manera ni el transformacionismo, ni el evolucionismo, ni el darwinismo.

A propósito del microscopio, del cual tanto ha abusado la escuela materialista, recuerdo esta ruda leccion que un gran físico, M. Tyndall, dió á su cofrade M. Huxley: «Espero que vos, de quien malas lenguas han formado un biologista (un correligionario de Haeckel...), me escusareis ante vuestros hermanos, si me atrevo á deciros que algunos se forman una idea muy imperfecta de la distancia que separa el límite microscópico del límite molecular; y que, por una consecuencia necesaria, emplean alguna vez una *fisiología que podria imaginarse calculada antici-*

padamente con el objeto de engañar, cuando, por ejemplo, describen lo contenido en una celdilla como perfectamente homogéneo y absolutamente sin estructura, porque el microscopio no puede distinguir en el estructura alguna. En tal caso, creo que el *microscopio comienza á desempeñar un papel nocivo.*» Despues prueba M. Tyndall por experiencias irrecusables, que *entre el límite microscópico y el verdadero límite molecular, hay sitio para permutaciones y combinaciones infinitas.*

LA FE SALVAGUARDIA DE LA HISTORIA.—La ciencia de la historia tiene necesidad, más que cualquier otra ciencia, de ser custodiada, por no prevaricar en su mision, ó sea en el relato verdadero de la accion de Dios sobre el mundo, y de unos hombres sobre otros. El alma de la historia es la verdad. Luego, desde que la fe no domina ya á la inteligencia y á la voluntad, más aun, desde que el espíritu se ha hecho hostil á la fe, le es imposible al historiador no caer en los más odiosos errores, ó no dejarse arrastrar á desnaturalizar los hechos, lo que es prevaricar en su noble mision. Es fácil, en efecto, probar que el error histórico, voluntario ó involuntario, tiene por principal causa el odio ó el temor de la verdad religiosa, y que, bajo este punto de vista, la fe puede y debe ser para la ciencia de la historia una preciosa salvaguardia. Todas las veces que un hecho cualquiera sea en perjuicio ó en bochorno de la Iglesia, de sus actos, de sus doctrinas ó de sus costumbres, se puede, se debe estar cierto anticipadamente de que este hecho es inventado ó está desnaturalizado. Pruebo esta verdad capital por un suficiente número de ejemplos tomados de la *Defensa de la Iglesia contra los errores históricos de MM. Guizot, Agustín y Amadeo Thierry, Michelet, Ampère, Fauriel, Enrique Martin*, etc., por el abate Gorini; y de los *Errores y falsedades históricas de M. C. Barthélemy*. Seguiré el órden cronológico.

La independencia de san Pablo.—Michelet dijo: «La ve-

ciudad de los otros apóstoles estorbaba á san Pablo, y le era preciso, como á un águila, un horizonte para él solo.» ¡Sueño y mentira! Pablo no se muestra ni coartado, ni independiente. Predica á viva voz y por escrito á los habitantes de Damasco, Jerusalem, Antioquía, Roma, etc... convertidos por otros apóstoles.

La rebelion de san Ireneo.—«Ireneo, dice M. J. J. Ampère, escribió á un gran número de obispos para exhortarles á estar firmes y mantener la independencia de sus Iglesias.» ¡Nuevo sueño y engaño! Tratábase del día de la celebracion de la Pascua. Ireneo queria impedir lo que creia ser una precipitacion de la autoridad. Cómo hubiera podido afirmar la independencia de las Iglesias particulares el que en su libro sobre las herejías exclamó: «Con esta Iglesia muy grande, muy antigua, conocida de todos, fundada en Roma por los dos apóstoles más ilustres, san Pedro y san Pablo, á causa de su poderoso primado, es con la que es necesario que toda iglesia vaya acorde; por ella es por la cual los fieles esparramados por todos los lugares han conservado la tradicion apostólica.

La caída del papa Liberio.—Teodoreto cuenta que, requerido por el emperador Constancio para suscribir el juicio hecho por los obispos arrianos de Oriente contra san Atanasio, ó á partir para el destierro despues de tres dias de reflexion, Liberio respondió: «El espacio de tres dias ó de tres meses no cambiará mi resolucion; enviadme allá donde os plazca.» Transcurridos dos años, á peticion de las damas romanas, Liberio volvió del destierro bajo la condicion impuesta por el emperador de que gobernaria con Félix, diácono, consagrado obispo de Roma. Pero esta condicion no fué aceptada por el pueblo que exclamó unánimemente: ¡Un Dios, un Cristo, nn Obispo! Entonces Félix fué á habitar en otra ciudad, y Liberio permaneció en Roma.

Este relato de un autor casi contemporáneo no supone fórmula alguna suscrita á gusto del emperador, y confir-

ma lo que san Atanasio dijo de Liberio que enseñaria á nuestros nietos como se debe combatir hasta la muerte por la defensa de la verdad. El Martirologio romano afirma que Liberio volvió á su grey, llena de una invencible adhesion hacia él, gobernóla santamente y murió. San Ambrosio que le conoció jamás le da otro nombre que el de santo pontífice. San Basilio le llama bienaventurado. La crónica de san Jerónimo contiene un pasaje que parece autoriza la creencia en la caída de Liberio, pero los Bolandistas han probado que este pasaje falta en los ejemplares más antiguos y autorizados de esta crónica, y que se trata de una interpolacion póstuma. El relato del *Liber pontificalis*, afirmando que Liberio se somete á los órdenes del emperador y que promete comunicar únicamente con herejes, con la condicion de que no se le exigiria su *rebautizacion*, está llena de errores y contradicciones y no puede dudarse de que no sea obra de los arrianos. ¡La reserva de la *rebautizacion* es absurda, aun en el caso de que no se tratase de la de Liberio! El pretendido concilio de Roma que hubiera depuesto á Félix jamás ha existido, y es falso que Félix fuese á morir en paz en su *praediorum* de la *via Portuensis*, pues que se le cortó la cabeza en la ciudad de Sora por órden de Constancio, que le condenó con sus cómplices Ursacio y Valente, como lo prueba la inscripcion que un sarcófago que contiene su cuerpo: *Corpus sancti Felicis qui damnavit Constantium*.

Las *Acta sancti Eusebii* que nos muestran al emperador Constancio y á Liberio conjurados contra el obispo Félix, así como el relato del *Liber pontificalis*, son contradichos por la cronologia, la historia y los monumentos. Colocan la entrevista de Eusebio, Liberio y Constancio en el año 359; pues bien, es cierto que el emperador no puso los piés en Roma desde el mes del 358 que pasó en ella, y que jamás se encontró en Roma con Liberio. Las Actas hacen morir á Félix en su reducida casa de campo. El pretendido concilio reunido en Roma para condenar á un papa muerto es una fábula odiosa, refutada anticipadamente

por un monumento solemne, irrecusable, por la veneracion que Dámaso profesaba á Liberio. Se ha movido grande alboroto con las tres pretendidas cartas del papa Liberio, en las cuales anuncia que se pone fuera de la contienda promovida con motivo de Atanasio, y que le ha condenado; cartas que Bossuet, que las encontraba sin embargo excesivamente *miserables*, creyó deber admitir como auténticas en las notas de su Defensa. Pero el célebre holandista Stirling, que ha encontrado muchas copias de estas pretendidas cartas, ha probado que son muy diversas entre sí, y que por consiguiente no se les puede conceder fe alguna. Además en ellas hormigean imposibilidades manifiestas: en efecto, el mismo san Atanasio atestigua en un documento auténtico que Liberio jamás le condenó; no encuéntrase en la historia huella alguna del concilio de Campania que Liberio hubiera reunido para condenar á Atanasio, y la afirmacion de que Liberio, antes de partir para el destierro, escribió á todo el mundo católico letras que llevaban la condenacion de Atanasio, es contradicha por la negacion solemne de romper con Atanasio que Teodoro puso en boca de Liberio. Es, pues, completamente natural que la ciencia *actual* haya anulado el juicio del siglo xvii y proclamado la perfecta inocencia de Liberio. Su pretendida caida es una gran falsedad histórica.

Se ha descubierto recientemente un sarcófago, ejecutado con toda certeza en la segunda mitad del siglo iv, en la época de la imaginaria caida de Liberio, y que parece ser una protesta enérgica contra las calumnias de que han colmado los arrianos su memoria. El escultor representa á Jesucristo dando á Pedro la vara de Moisés, es decir, la plenitud de la autoridad administrativa, judicial y dogmática. No podia expresarse mejor la infectibilidad é infalibilidad de los sucesores de san Pedro. No son únicamente las llaves, este emblema evangélico que hubiera podido interpretarse en un sentido puramente espiritual, es la vara milagrosa lo que Pedro, rodeado de los

apóstoles, recibe él solo como insignia de una autoridad que no tiene igual en el mundo.

Los crímenes de Sta. Clotilde.—San Gregorio de Tours dijo de Clotilde: «La reina Clotilde mostróse tal y tan grande, que fué el honor de todos. Ni la real dignidad de sus hijos, ni la ambicion del mundo, ni las riquezas pudieron arrastrarla á su perdicion por medio del orgullo. Pero su humildad la elevó por la gracia.» ¿Y sin embargo este mismo Gregorio de Tours, tan entusiasta de Clotilde, pondria en su boca un discurso lleno de indignacion, expresando un ardiente deseo de ver á sus hijos vengar en Segismundo, hijo de Gondebaudo, la muerte de su padre y madre? Este discurso es por cierto una interpolacion hecha en el texto del gran historiador para justificar la invasion de la Burgundia por los tres reyes francos. Gregorio de Tours demasiado habia previsto estas interpolaciones, cuando, al fin de su manuscrito, decia á los sacerdotes de Tours: «Jamás cuando hagais escribir segunda vez, dicitéis ciertas partes, omitiendo otras.»

A su vez, Fredegasto, citado por M. Enrique Martin, pretende que Clotilde volviendo á Francia, antes de pasar la frontera, rogase á sus guias que saqueasen é incendiasen dos lugares del país de Burgundia, situados á uno y otro lado del camino; y que esclamase despues de esta bárbara ejecucion: «¡Dios todopoderoso, yo te doy gracias; veo por fin comenzar la venganza de mis padres y amigos!» ¡Qué bárbara satisfaccion! ¡Qué singular oracion en la vigilia de un desposorio! El mismo M. Enrique Martin se refuta y revela el secreto de esta acusacion engañosa, añadiendo: «Esta union y sus graves consecuencias hirieron la imaginacion popular, y el matrimonio convirtiósese en el texto de esos relatos romancescos que fueron orándose y embelleciendose de generacion en generacion.»

El incendio de la Biblioteca de Alejandria.—A J. J. Ampère se le escapó decir: «Omar ha sido declarado casi

inocente del incendio de los libros de Alejandria. Se le han descubierto al menos dos cómplices, que se le adelantaron y que han hecho mucho más mal que él, César y el Cristianismo..... M. Leon Lefort, profesor de la Escuela de medicina, ha ido más lejos; absuelve á su vez á César, y deja á los cristianos únicos culpables de un gran crimen. Es verdad que la estátua de Serapis fué destrozada y su templo destruido, pero no se derribaron los compartimentos en que se hallaba la Biblioteca, y en la cual se hallaban fortificados los paganos. Hubo amenazas cuya ejecucion suspendió la órden del emperador, pero no ataque, y la Biblioteca no tuvo en modo alguno que sufrir un asalto que no se verificó, como lo prueba el mismo texto de Rufino. Las obras del Serapeum fueron destruidas tan poco en esta ocasion, que en 492, el populacho enseñoreóse de todo, y quemó vivos á los soldados romanos que se hallaban encerrados en ellos. Eumopo, filósofo contemporáneo de estos hechos y enemigo de los cristianos, habla de una batalla librada contra las estátuas y riquezas sagradas, pero no dice ni una palabra de los libros ó de la Biblioteca. Habla Orosio del incendio de cuatrocientos mil volúmenes causados por los Romanos (que él llama los «Nuestros»), pero ni una sola palabra dice del incendio, que hubiesen promovido los cristianos, de una segunda y grande Biblioteca. Reconocidos inocentes los cristianos, no por monjes de la Edad media, sino por historiadores árabes muy estimados, defiende quienquiera á Omar de la calumnia levantada contra él.

Este mismo M. Leon Lefort habíase atrevido á afirmar que antes de Hipócrates no habia habido ni médicos, ni cirujanos. Ignorancia y mentira! Recuerdo un gran número de textos de la santa Escritura, escritos muchos siglos antes de Hipócrates, y que forman como una legislación del médico y de la medicina.

Usurpacion de Pepino el Breve consagrada por Zacarias.—A la pregunta formulada por Bunhard, obispo de Wurtzburgo, y Fulrado, abate de San Dionisio, del modo siguiente: «¿A quién es más justo dar el nombre de rey, á aquel que no tiene más autoridad real que el nombre, ó á aquel que la posee por completo sin el nombre?» Zacarias responderia: «Es justo y razonable que aquel que tiene todo el poder real tenga tambien el nombre de rey.» ¿Es esto como se ha pretendido una injusticia, una usurpacion sobre lo temporal de los reyes? No, dice Bosuet. No se pedia al pontífice que él mismo quitase ó diese el trono, sino que declarase si el reino podia ser quitado ó dado por los que juzgaban tener derecho para ello. La Iglesia, dice á su vez Fenelon, no destituía, ni instituía á los príncipes laicos: respondia únicamente sobre lo tocante á la conciencia en materia de contrato y juramento... Era una potestad directora únicamente de las conciencias, tal como lo prueba Gerson. Chateaubriand añade: «Tratar de usurpacion el advenimiento de Pepino á la corona es una de esas viejas mentiras históricas que llegan á ser verdades á fuerza de ser repetidas. No hay usurpacion allí donde la monarquía es electiva.» Aun en 1830, los obispos de Francia preguntaron al soberano Pontífice si podian prestar juramento de fidelidad á Luis Felipe, elegido rey de los Franceses.

El Papa Zacarias y los Antípodas.—En una carta á san Bonifacio, el papa Zacarias hubiera dicho de Virgilio, obispo, acusado de haber admitido los antípodas: «Arrojadle de la Iglesia, despues de haberle despojado de su carácter en el seno de un concilio.» Realmente no se trataba de simples antípodas, sino de otro mundo, de otros hombres situados bajo la tierra, y que no serian descendientes de Adan. M. Tyndall, en su discurso de Belfast, acusa á san Agustín, que sin embargo admitia la redondez de la tierra, de haber negado la existencia de los antípodas; pues bien, hé aqui el mismo texto de san Agus-

tin: «No es bastante que la tierra sea un globo redondo para que haya en él antípodas. No bastaría, aunque debajo de nosotros la tierra fuese llana y sólida; sería preciso además que los descendientes de Noé pudiesen llegar ó transportarse allá. Pues bien, me parece absurdo afirmar que algunos hombres, partidos de aquí, hayan podido, navegando de un lado á otro de la inmensidad del Océano, abordar en las tierras que están bajo nuestros piés.» Lo que san Agustín niega no es, pues, la posibilidad de los antípodas, sino los progresos de la navegacion.

La mutilacion de Leon III.—Con motivo del concilio del Vaticano y de la proclamacion del dogma de la infalibilidad, una prensa impía ha recordado las horribles mutilaciones de que fué objeto un papa santo, y que pretendia fué el castigo de un crimen infame. San Leon III. distinguióse desde su juventud eclesiástica por su elocuencia, la firmeza de su carácter, su caridad y sus abundantes limosnas. Fué elegido papa por voz unánime. Dos ambiciosos sacerdotes cuyas esperanzas habia defraudado su eleccion, compraron una tropa de bandidos, que llegaron á arrancarle los ojos, á cortarle la lengua, etc., etc., y arrastráronle ciego á una prision. A esta nueva llenóse la ciudad de confusion y horror... Pero muy pronto un milagro atestiguado por gran número de autores volvió la vista y la palabra á Leon. Presto la entrevista del Pontífice con Carlo-Magno vengóle noblemente de estos inmerecidos ultrajes. Abrazáronse el uno al otro, vertiendo lágrimas de enternecimiento. Leon con voz conmovida entonó el himno de los Angeles, y Carlo-Magno le llevó en triunfo á la Iglesia, donde se rindieron solemnes acciones de gracias á Dios... Esto no era bastante. Al año siguiente fué el mismo Carlo-Magno á Roma para completar la pacificacion. Una gran asamblea de obispos y señores tuvo lugar en la basílica. El humilde y piadoso pontífice queria justificarse de las calumniosas acusaciones de sus asesinos, y pedia ser juzgado; pero la asamblea es-

clamó con una sola voz: «Nosotros todos somos juzgados por la silla y el pastor que preside en ella, pero este no es juzgado por nadie.» El papa, sin embargo, subió á la tribuna, y con la mano puesta sobre el libro de los Evangelios, juró ante Dios, y por voluntad propia, que era inocente de las acciones que se le habian imputado. El día de Natividad del año 800, Carlo-Magno volvió á la Iglesia de San Pedro. Leon acercósele, y colocó sobre su cabeza una corona reluciente de pedrería, proclamándole emperador de los Romanos. Esta alianza así consagrada por Leon entre la Iglesia y el Estado es uno de los grandes motivos del odio de que aquel es objeto.

La papisa Juana.—Esta hubiera ocupado la silla de san Pedro entre los papas, Leon IX, muerto en 17 de julio de 855, y Benito XIII, elegido el 1 de setiembre del mismo año. Pues bien, Anastasio el Bibliotecario dice en términos formales: «Después que el papa Leon cerró los ojos á la luz, todo el clero, los notables y el pueblo de Roma, acordaron elegir á Benito; al instante, *illico*, encontráronle orando en el título de San Calixto; luego, después de haberlo sentado en el trono pontifical y de haber firmado el decreto de su eleccion, enviáronlo á los muy invencibles augustos Lotario y Luis.

Bayle, Blondel y Jurieu han protestado contra esta extraña invencion.

San Gregorio VII.—¿De qué no se ha acusado á este gran papa? De haber sido tenido por santo, y por razon de esto, de haberse hecho como el amo del mundo, de haber creído en la santidad de los pontífices romanos, de haber querido humillarlo todo, de sólo haber visto en la historia la Iglesia, de haber sido uno de los antepasados de los Montañeses, de haber muerto como un escéptico. Estas son otras tantas falsedades y calumnias, que el abate Gorini rechaza victoriosamente, pero que refuta más victoriosamente aún la carta tan patética, escrita por este

gran papa á un piadoso amigo que había dejado en Cluny... «Cuando vuelvo en mí, encuéntrome de tal modo postrado bajo el peso de mis propias acciones, que no me resta otra esperanza de salvacion, que la sola misericordia de Cristo. Si yo no aspirase á una vida mejor y á ser útil á la santa Iglesia, no permanecería en Roma, donde estoy forzado, Dios es testigo de ello, á habitar desde hace veinte años. Aquel que me ha atado con estas ligaduras... yo le aguardo, y muchas veces le digo: ¡Daos prisa, no tardeis, apresuraos y lo más pronto soldadme, por el amor de la bienaventurada María y de san Pedro!» Esta es el alma de un gran santo que se desahoga de este modo ante Dios y los hombres.

Reciente del todo, y aunque sea todavía el eco de las preocupaciones vulgares, M. Zeller, de la Academia de las inscripciones y bellas letras, no ha vacilado en reconocer con un escritor alemán, M. Dreyesen, que «este fué un pensamiento tan moral como animoso, una obra de civilizacion así como un bien para la Iglesia, reclamar del estado, del Imperio, la libertad del sacerdocio avasallado, corrompido por la feudalidad. Esta empresa extraordinaria dió á la vida cristiana de Occidente un nuevo impulso, una direccion más alta, una corporacion más santa.»

Y luego ¡qué esplendor de la fe en el cuadro tan conmovedor hecho por M. Zeller sobre la célebre entrevista del rey Enrique y del papa Gregorio! Hé aquí su desenlace.

«El 18 de enero, con túnica de lana, con los piés desnudos, como un penitente, Enrique presentóse ante la primera cerca del castillo de Canossa. Era entonces un hombre en el vigor de la edad, de estatura y belleza dignas de un emperador... En la noche del tercer día, únicamente el papa cedió y prometió dar la absolucion que se le pedia, pero tomando sus garantías para conservar su intervencion en las cosas públicas... El rey obligóse á presentarse á la Dieta de los príncipes para ser reconocido

en ella inocente ó culpable, á proteger al papa en su vida, en sus miembros, en su honor, hasta que hubiese pasado los Alpes y pronunciado el fallo la Dieta, sujetarse á no llevar insignia alguna de su dignidad real, y abstenerse de todo acto de gobierno (*nihil regium, nihil publicum*).

El alma de las mujeres.—Se ha repetido desde hace mucho tiempo y se repite todavía cada día que «en un concilio de Macon, se trató de si las mujeres eran una criatura humana, y que no decidieron por la afirmativa sino despues de un largo examen.» Pues bien, en el concilio de ningun modo se trataba del alma de las mujeres sino solamente de su nombre! Uno de los obispos dudaba que la mujer pudiese ser llamada «hombre». Recordóse que en el Antiguo Testamento se dice que Dios crió al hombre varon y hembra, y que el Señor es llamado Hijo del hombre, porque es hijo de la Virgen María: toda duda desapareció al instante.

Las matanzas de Beziers.—Preténdese que, diciendo al abate Arnaldo de Cîteaux que los católicos encontrábanse en la ciudad tomada confundidos con los herejes, y preguntándole: «¿Qué haremos, señor? No podemos distinguir los buenos de los malos!» contestáse: «Heridlos, porque el Señor sabe cuáles son los suyos.» M. Guizot pone estas palabras,—así modificadas: *Matadlos á todos*,—en boca de Milon, secretario del Papa y nuncio de la Santa Sede. Pero cinco autores contemporáneos atestiguan que los Ribaundos y los Truandos, exasperados por una salida de los sitiados, entraron en la ciudad con los fugitivos, sin aun esperar la orden de los jefes, y tomaron la iniciativa de la carnicería, cayendo toda la responsabilidad sobre los mismos, de manera que no hubo lugar para el diálogo entre Arnaldo ó Milon y los sitiadores. Los pretendidos cien mil habitantes de Beziers reduciense á doce ó quince mil, y el número de los desgraciados que perecieron en la

malanza no escude de siete mil. Esto es demasiado, pero los revoltosos no hubieran debido olvidar que sembrando vientos se recogen tempestades.

La Inquisición y Torquemada.—Como esta no hay cuestión más envuelta en errores, en mentiras envenenadas, en declamaciones apasionadas y furibundas, que se hayan echado con la mayor audacia en cara de la santa Iglesia. Y al mismo tiempo no hay cuestión más sencilla, más inofensiva, y aun mejor resuelta por el simple buen sentido, privado y público. En efecto, en los siglos cristianos, el gobierno que tomaba al hombre en su síntesis, tal como nos es presentado por la naturaleza, la razón y la fe, al hombre del tiempo y al hombre de la eternidad, al hombre material y al hombre espiritual, al hombre de la naturaleza y al hombre de la gracia, al hombre de las necesidades y de los intereses materiales, morales, religiosos ó sobrenaturales, obligábase á ordenar y defender con todo su poder estos diversos y múltiples intereses sagrados para él en un mismo grado. En este orden de gobierno, la religion reconocida y aceptada como única verdadera, única divina, era ley de Estado. Este podía y debía castigar el atentado exterior contra la fe de un individuo, como castiga el atentado contra el honor y contra el bolsillo ajeno. Un poder ó tribunal intermediario entre el Estado y el individuo, instituido para conocer, juzgar y castigar los atentados exteriores á la fe religiosa, era tan legítimo como los tribunales nombrados para conocer los delitos contra el Estado ó contra las personas. El individuo que denunciaba á aquel que no tenia reparo en tender una celada á su fe, no tenia menos delicadeza que aquel que denunciaba el atentado cometido contra su persona ó contra sus bienes. Estos principios se aplicaban evidentemente á los moros y á los judíos de España, á los albigenses y á los hugonotes de Francia, así como á los insurrectos de julio de 1830, de febrero de 1848, de julio de 1849, de marzo de 1871. Basta enunciarlos para hacer justicia á las acusa-

ciones formuladas contra la Iglesia y el gobierno con motivo de la Inquisición.

La Inquisición eclesiástica fué contrapuesta en 1204 á los Albigenses insurreccionados contra la Iglesia y el Estado. No fué confiada á los Dominicos hasta 1234, doce años despues de la muerte de santo Domingo, el cual sólo opuso á los herejes el arma de la oración, del santo Rosario y de la palabra. La Inquisición política fué instituida en 1478 por Fernando el Católico contra los judíos, que, por sus riquezas, su influencia, sus alianzas, habian llegado á ser infinitamente temibles, y formaban como una nación en la nación. Un edicto del 24 de marzo de 1492 ordenó á todo judío que rehusase abrazar el cristianismo, el abandonar España antes del 30 de julio del mismo año. Treinta mil familias, cien mil individuos, aceptaron el destierro. El 12 de febrero de 1502, otro edicto real colocó á los moriscos en la alternativa de abrazar el cristianismo ó expatriarse.

Es preciso, antes que todo, cuando se trata de la Inquisición, marcar la parte del gobierno y la de la Iglesia. Todo lo que el tribunal despliega de severo y terrible, los tormentos, la pena de muerte, pertenecen al gobierno. Toda la clemencia que juega tan gran papel en los relatos de la Inquisición es la acción de la Iglesia, que sólo se ocupa de los suplicios para suprimirlos ó endulzarlos. Esta distinción estaba tan marcada en las costumbres, que los Templarios pedían con instancia ser juzgados por el tribunal de la Inquisición, *sabiendo muy bien*, dicen los historiadores, *que si obtenían tales juicios, no podrían ser condenados á muerte*. La Iglesia romana fué la única que en el universo protestó contra los edictos excesivos de san Luis y Carlos V. Era un proverbio alemán el que decia, que era bueno el vivir bajo el báculo, ó sea en las soberanías eclesiásticas. «Jamás en estos pacíficos gobiernos, dice M. de Maistre, se trataba ni de persecución, ni de juicios capitales contra los enemigos espirituales del poder que reinaba. Roma es tal vez el

único lugar de Europa en que el judío no es ni maltratado ni humillado; una frase proverbial llama á Roma el paraíso de los judíos.» Los reformadores del siglo xv no supieron librarse de estos excesos de severidad. Uno de los dogmas de Calvino era que se debe reprimir á los herejes por medio de la cuchillo; y en una pequeña ciudad de Alemania, Nordlinden, que cuenta una población de seis mil almas, quemó en cuatro años treinta y cinco hechiceras. A esta terrible cuenta, el número de hechiceras quemadas en España, en cuatro años, hubiera sido de treinta mil, número superior en veinte mil al total de los que estuvieron sujetos á la justicia de la Inquisición, de los que, durante trescientos cincuenta años, fueron condenados á muerte.

El baron Dupin probó en la tribuna del Senado que la intolerancia religiosa no tan solo únicamente tenía asilo en los países herejes, sino que allí era donde se maltraba con un rigor tanto más injusto, en cuanto los gobiernos católicos consideraban un crimen el usar de reciprocidad.

En realidad, las víctimas de la Inquisición eran las víctimas de la ley. El Tribunal del Santo Oficio sólo abandonaba al brazo secular y al último suplicio á *las gentes, cuya conciencia estaba perdida*, culpables y convictas de las más terribles impiedades. Por otra parte, antes de la fatal invención de los gobiernos puramente civiles y de las leyes ateas, el Evangelio era la gran ley de los Estados y de los individuos, de los soberanos y de los súbditos. La fe era el único bien sagrado; todos entonces exclamaban sin vacilar: Cortad, quemad, pulverizad en este suelo, con tal que perdoneis en la eternidad.

El Auto de Fe no llegaba ni á condenar á muerte ni á quemar, sino que reducíase á pronunciar la sentencia de absolución de las personas falsamente acusadas, y á reconciliar con la Iglesia á los culpables arrepentidos. Hecha la reconciliación, los herejes obstinados, así como

aquellos cuyos delitos eran en parte civiles eran remitidos al brazo secular. El *Auto de Fe* había terminado, y los inquisidores se retiraban. M. de Bourgoín, en su cuadro de la España moderna, no ha vacilado en decir: «Confesaré, para rendir homenaje á la verdad, que la Inquisición podría ser citada en nuestros días como un modelo de equidad.»

El *Saco bendito* ó *Sambenito* era simplemente el traje de penitencia que vesten todavía hoy día las cofradías de penitentes del mediodía de Francia. Tanto menos era un vestido de eterna infamia, que el mismo Llorente nombra á condenados que contrajeron ilustres alianzas.

El tormento adoptado por las leyes griegas y romanas estaba introducido en las leyes y costumbres de todas las naciones modernas. El Santo Oficio hizo perder su uso mucho tiempo antes de que fuese borrado de los códigos; no permitía que se recurriese á él más de una vez en un mismo proceso, y exigía que el médico estuviese presente para que indicase el instante en que corría peligro la vida del paciente... Los reglamentos prescribían tratar al acusado con benevolencia, dejarle sentado constantemente, desconfiar tanto del acusador como del juez, etc.

El árbol debe juzgarse por sus frutos. El mismo Voltaire prueba que España sólo escapó por la Inquisición de los horrores que deshonraron á las otras naciones: la guerra de los treinta años, los excesos de los anabaptistas y de los paisanos, las guerras civiles de Francia, Inglaterra, Flandes, las matanzas de las Cevenas y de San Bartolomé... ¡Un navío flotaría sobre la sangre que los novadores han derramado; la Inquisición sólo hubiera hecho correr la suya!...

Se echa en cara á la Inquisición su tenebrosa influencia sobre el espíritu humano, y sin embargo el siglo de oro de la literatura española fué el de Felipe II.

Torquemada.—En cuanto á Tomás de Torquemada, el primer inquisidor general, los historiadores españoles cuéntanle entre los hombres eminentes de su siglo, entre los más distinguidos por su nacimiento, su talento, su piedad y su celo por la religion. ¡Pero para los espíritus á quienes no ilumina la fe, el Santo Oficio continuará siendo una sangrienta anomalía y Torquemada un monstruo! Así debe ser.

Los crímenes de Alejandro VI.—Todo el mundo conviene en que jamás falsé en la fe, al menos manifiestamente y con escándalo. Su Bulario tiene gran valor, la lista de sus letras y otros escritos, compuestos durante un pontificado tan corto como agitado, es larga y variada, prueba su habilidad, su energía y talento. Solamente de su vida privada se ha querido hacer un arma contra la santidad de la Iglesia. Pero ya que entre los doce apóstoles, escogidos por el mismo Jesucristo, se encontró un monstruo, de ningún modo sería asombroso que entre los doscientos sesenta sucesores de san Pedro, elegidos por los hombres, se contasen algunos pontífices escandalosos. Será sin embargo un consuelo saber que este eminente papa no merece la odiosa reputación que se le ha formado. Maquiavelo, que pasó su vida conspirando y que aborrecía á César Borgia; Guicciardini, á quien el mismo Voltaire trata de impostor y que pedía en su lecho de muerte que se quemase su historia de Italia; Pablo Jove, escritor venal y apasionado que vendía caras sus mentiras; Thomas-Thomasi, adulador cortesano de la duquesa de Florencia y enemigo personal de los Borgias; Burchart, cuyo libro (no quiso que viese la luz) ha sido adicionado y sin duda alterado por los protestantes, puesto que sus diversas ediciones no se asemejan, etc., etc.; no merecen confianza alguna. En segundo lugar el motivo principal de las acusaciones sostenidas contra Alejandro VI es que se sirvió de César Borgia para defender á los Estados Pontificios

contra los príncipes italianos y sus aliados extranjeros; más aún, es que principalmente despues de su pontificado los papas comenzaron á figurar como poder secular, como reyes.

Nadie prueba que no estuviese casado legítimamente con Julia Farnesio, y que sus hijos no fuesen legítimos. El cuadro del reinado de Carlos VIII no da á los hijos de Borgia el nombre de bastardos que no perdona ni á los príncipes de sangre, cuando se presenta la ocasión de aplicarlo. Por otra parte tuvo todos estos hijos antes de recibir órden alguna sagrada.

La acusación de incesto no merece ser discutida, tanto más que Lucrecia Borgia no fué tal como la han pintado los poetas satíricos. Muchos historiadores contemporáneos citados por Rascoé llámanla una mujer cumplida, la princesa más adornada de todas las virtudes.

Alejandro VI no compró el soberano pontificado; la distribución, no de sus bienes, sino de sus dignidades ó de las dignidades cuyos titulares habían muerto, explica con la mayor naturalidad sus larguezas con respecto á algunos cardenales, sin que sea necesario hacer intervenir la simonía. Jamás elección alguna fué más regular, ni más breve. Fué elegido el primer día del cónclave por una mayoría de catorce votos independientes.

Alejandro VI no fué ni pérfido ni inconstante en sus relaciones con Carlos VIII, no llamó á los franceses á Italia, permaneció fiel á los príncipes de Aragón, tanto que estos no le obligaron á volverse á Francia.

¿Alejandro VI no trató de envenenar á algunos viejos cardenales para enriquecer su tesoro con sus despojos? El mismo Voltaire es el que rechaza con horror la acusación de Guicciardini: «Pretendeis que un anciano soberano, cuyos cofres estaban en aquel entonces llenos de un millon de ducados de oro, quisiese envenenar á algunos cardenales para apoderarse de su tan poco lujoso mobiliario, y del cual se apoderaban casi siempre los ayudas de cámara...? ¿Cómo quereis que un papa tan prudente haya

querido arriesgarse por tan poco lucro en una accion tan infame, en una accion que pedia cómplices, y que tarde ó temprano se hubiera descubierto? La causa está juzgada y nosotros estamos autorizados á decir con M. de Maistre: «Tiempo vendrá en que los papas contra quienes se han ensañado más, serán mirados en todos los países,» como los amigos, los tutores, los salvadores del género humano, los venerables génius constituyentes de Europa.»

El San Bartolomé.—Podríamos no decir nada de este suceso exclusivamente político, y cuya responsabilidad es imposible hacer caer sobre la religion ó sobre la Iglesia. Restablezcamos sin embargo los hechos. En 1569, el partido protestante era una nacion en la nacion, trataba con el rey de igual á igual. Aun más, amenazábale con hacerle guerra, si no se decidia á hacerla á España. El jefe abiertamente reconocido del partido era el almirante Coligny, cuya audacia habia llegado hasta ofrecer diez mil hombres de tropas al rey para llevar la guerra á Holanda; lo cual hacia decir á Tavannes: «¿Cómo es que os ofrece lo que es vuestro? Señal es de que los ha ganado y corrompido. Ha hecho suyos diez mil de vuestros súbditos para volverlos contra vos.» El San Bartolomé fué, pues, en realidad una proscripcion enteramente civil, consecuencia inevitable de una venganza política, desde mucho tiempo excitada y meditada, y que se hizo pública manifestamente en este grito del rey Carlos IX: *¡No me ha sido posible soportar más tiempo!* La religion no prestó ayuda alguna. No fueron ni el cardenal de Birague, ni el cardenal de Retz, sino el canceller de Birague y el mariscal de Retz, los que tomaron parte en las deliberaciones de la córte, en donde fué preparada la matanza. ¿Cómo se podría acusar á la religion católica de haber sido consejera ó actora en esta terrible ejecucion, cuando se ha probado por una multitud de documentos auténticos que ella abria por doquiera sus puertas á los infortunados que el furor del pueblo perseguia gritando: *¡Es-*

tos son los que han querido matar al rey? En Tolosa y otros lugares, los conventos sirvieron de asilo á los calvinistas. Si á la noticia del terrible golpe de Estado rindiéronse á Dios en Roma solemnes acciones de gracias, si Gregorio XIII fué procesionalmente de la iglesia de San Márcos á la de San Luis, si se hizo grabar una medalla, fué no á causa de la matanza de los hugonotes, sino únicamente á causa del descubrimiento y aborto de la conspiracion de que el rey de Francia les acusaba en el mensaje enviado á todas las córtes de la cristiandad. Más tarde la verdad fué conocida en todos sus detalles, y el soberano Pontífice, por sus discursos y bulas, manifestó su horror por semejante crimen.

En cuanto al número de las victimas, es cierto que no pasa de dos mil. Es demasiado ¡ay!

Es absolutamente falso que Carlos IX disparase sobre los hugonotes de lo alto de la ventana de la reina; esta ventana no existia entonces. El autor de un folleto publicado en 1572, *El toque de alarma contra los matadores*, dice en términos claros: «El rey á su vez no se daba punto de reposo, *mas no puso las manos*, sino mandaba que se le llevasen los nombres de los muertos, ó de los prisioneros, á fin de que deliberase sobre los que tenian que guardarse ó matarse.» Es falso tambien que Juan Goujon y Ambrosio Paré fuesen designados como victimas. Antonio Paré era católico, ferviente católico. Y la reina Catalina de Médicis hubiera, dicen, hecho prevenir á Juan Goujon de que no saliese de casa por la noche; además el ilustre escultor no murió en la noche de San Bartolomé.

La revocacion del edicto de Nantes.—Este edicto de 1598 concedia la libertad de conciencia á todos, el ejercicio público de la religion reformada, la libre admision de los protestantes á todos los empleos del reino, la paga de los ministros, la custodia por los reformados de todas las plazas, ciudades y castillos, los cuales ocupaban en nú-

mero de ciento veintuno, encargándose el rey de pagar las guarniciones; «Nada menos era esto, decía Enrique IV á Sully, que la creacion en medio de la Francia de un estado republicano, como en los Países Bajos.» Apenas fué firmado el edicto, cuando vióse á los reformados unirse con juramento, reunirse sin permiso, levantarse sin motivos, solicitar socorros extranjeros, ligarse contra el rey, cometer mil estragos, etc., etc. La revocacion del edicto de Nantes fué de parte de Luis XIV un acto pensado hacia tiempo, cuya necesidad política fué el principal, si no el único fundamento, en el que fué apoyado por la opinion pública, etc., etc. Si es verdad que una tendencia odiosa arrastra hoy á ver en los incrédulos, en los impíos, en los revoltosos de toda especie, á los mejores ciudadanos, en los siglos de fe, al contrario, todo extraño en materia religiosa era considerado como un crimen de lesa majestad. Para ser buen ciudadano era preciso profesar la religion del Estado. Un artículo del tratado de paz de Passau (1552) reconocia á toda potestad alemana el derecho de poner á sus súbditos en la alternativa de abrazar la religion del soberano ó de salir de sus Estados, despues de haber pagado cierta suma de dinero. Esto era justificar completamente la conducta de los reyes de España con los judíos y los moriscos, y la de Luis XIV con los hugonotes, con la diferencia completamente en favor de los reyes cristianos, que estos imponian, no su religion, sino la religion del Estado, no una secta, sino la religion de Jesucristo.

Preténdese que la revocacion del edicto de Nantes haya causado á Francia un perjuicio inmenso por el considerable número de súbditos ricos é inteligentes que perdió, por las industrias que fueron entonces exportadas, por las enormes sumas de dinero que no percibió el haber de Francia, por la disminucion que sufrió nuestro comercio, en fin, por los soldados que abandonaron nuestro ejército... Todo esto sólo está en la imaginacion de los enemigos de la religion. Cincuenta mil protestantes á lo más salie-

ron de Francia; no se llevaron más de dos millones; las pérdidas de nuestra industria y comercio fueron imperceptibles; la disminucion del ejército sólo fué de tres mil hombres, más pronto enemigos que amigos.

En realidad las declamaciones contra la Inquisicion y la revocacion del edicto de Nantes son una tiránica injusticia y una odiosa hipocresía, puesto que los reformadores de Alemania en el siglo XVI y los gobiernos de Alemania, Suiza, Rusia é Italia en el XIX, han hecho sufrir á los católicos los más crueles tratamientos, aunque jamás hayan formado un Estado en el Estado, ni jamás hayan tratado de defender sus derechos con las armas en la mano. ¿Qué son las proscripciones de Francia y España, comparadas á las persecuciones, á las confiscaciones, á las condenaciones que cayeron sobre los católicos de Inglaterra é Irlanda bajo Enrique VIII, Isabel, Cromwell, etc.; á los destierros, á las matanzas de los sacerdotes, nobles y ciudadanos que permanecieron fieles á su Dios y á su rey en la Francia cristiana? ¿Y los millares de polacos, sacerdotes, nobles y paisanos, que el gobierno ortodoxo de Rusia exporta y martiriza en Siberia, porque no ha podido hacerles apostatar? Y esos millares de religiosos y religiosas, que siempre han dado ejemplo de fidelidad á todas las leyes, que los gobiernos de Prusia, Italia y Suiza, arrojan de sus conventos, de sus propiedades seculares, y que condenan á vivir aislados, sostenidos por una pension verdaderamente irrisoria, etc., etc.?

Epílogo.—He creído deber dar como epílogo á la demostracion victoriosa de estas dos proposiciones fundamentales: *La ciencia auxiliar de la fe; la fe salvaguarda de la ciencia*, el solemne arranque del alma, del espíritu, del corazon del gran Kepler y del gran Newton, expresado en sus inmortales obras: *Los cinco libros de la armonía de los mundos* y los *Principios matemáticos de la filosofía natural*.

Kepler.—«Agradézcode, Criador y Señor, todo lo que he

experimentado en los éxtasis en que me ha sumido la contemplacion de la obra de tus manos... He proclamado ante los hombres toda la grandeza de tus obras. Me he visto obligado á elevarme hasta la verdad. Si se me ha escapado alguna cosa indigna de tí, recíbeme en tu clemencia y misericordia, concédeme la gracia de que la obra que acabo de concluir contribuya á tu glorificacion y á la salud de las almas.»

Newton.—«Dios es omnipotente y omnisciente, es decir, que subsiste desde la eternidad, rige y conócelo todo, lo que sucede y puede suceder. Él no es la duracion en el espacio, sino que subsiste y está presente, subsiste siempre y está presente por doquiera; Él constituye la duracion y el espacio. Como cada partícula del espacio es *siempre*, y como cada momento de la duracion está *por doquiera*, es imposible que el Criador y Señor soberano de todas las cosas deje de ser en algun momento ó en algun lugar... Dios es uno solo y al propio tiempo Dios siempre y por todo lugar. Está presente en todas partes, no tan sólo por su poder activo, sino tambien por su misma sustancia; porque el poder no puede subsistir sin la sustancia. Todas las cosas están contenidas con Él y se mueven en Él, sin que Él ni ellas experimenten impresion alguna; porque Él no es afectado por los movimientos de los cuerpos, y los cuerpos no encuentran resistencia en la omnipresencia de Dios.» Este es un arranque magnífico del género humano ó del alma humana naturalmente cristiana.

Estos magníficos homenajes rendidos por los dos inmortales astrónomos á Dios y á la Revelacion han encontrado no há mucho un glorioso eco en los labios del más ilustre químico del siglo XIX, M. Dumas. En su discurso de recepcion en la Academia francesa, tenia que hacer el elogio de otro grande hombre, Guillermo Guizot, y el momento llegó de apreciar al eminente escritor, al experimentado hombre de Estado, bajo el punto de vista de sus tan profundas convicciones religiosas.

A esta doble cuestion: ¿Por qué la ciencia del hombre ha sido completa desde las primeras edades? ¿Por qué la ciencia de la naturaleza ve el objeto que persigue alejarse sin cesar? M. Dumas responde con M. Guizot: «Estudiándose el hombre presto reconoció que más allá de los órganos hay una voluntad; más allá de los sentidos, un espíritu; debajo del barro de que está formado su cuerpo, un alma, cuya naturaleza, origen y destino ignora. Desde que el hombre piensa, el sentimiento de lo infinito le fué revelado, y lo infinito se muestra inaccesible; su pensamiento detúvose al borde del abismo de lo desconocido. Cara á cara con la naturaleza, observando los hechos y remontándose hácia su causa primera y soberana, tenía necesidad, al contrario, de ese trabajo de cuarenta siglos, para reconocer que es todavía lo infinito lo que se oculta á sus ojos...»

«M. Guizot ha defendido el cristianismo contra el escepticismo picante y mordaz; ha dejado á otros que no flaquearán la fama de defender la personalidad del alma humana contra la oleada creciente de la filosofía de la naturaleza. Nacer sin derechos, vivir sin objeto, morir sin esperanza, tal sería nuestro destino, suficiente tal vez para satisfacer á estos raros espíritus que atraviesan el mundo sostenidos por la curiosidad ó por la satisfaccion de haber vencido la dificultad, por el orgullo tal vez, pero que no contentaría á la mayor parte de los hombres. La religion, la moral, la civilizacion de Europa descansan sobre esta firme base del derecho de todos los hombres á la justicia, á la simpatía, á la libertad, obra del cristianismo. Aquellos que poseen estos grandes bienes los conservarán, aquellos que están todavía privados de ellos los disfrutarán á su vez. Al mismo tiempo la fiebre pasajera del pensamiento científico en trabajos alumbramiento que amenaza estas fuertes doctrinas, sin que se apoye en nada para sustituirla, se apaciguará como se apaciguó en tiempos lejanos.»

Algunos dias despues del discurso de M. Dumas, M. Le-

verrier presentaba en la Academia los últimos pliegos de sus *Investigaciones astronómicas*, comprendiendo las teorías y las tablas del Sol, Mercurio, Venus, Marte, Júpiter, Saturno, Urano, Neptuno, y se espresaba así: «Durante esta larga empresa, verificada en cinco años, hemos tenido necesidad de ser sostenidos por el espectáculo de una de las más grandes obras de la creación, y por el pensamiento de que ellas fortalecen en nosotros las verdades imperecederas de la filosofía espiritualista. Con emoción hemos oído, pues, en la última sesión de la Academia francesa, afirmar á nuestro ilustre Secretario perpétuo los grandes principios, que *son las mismas fuentes de la más pura ciencia*. Esta sublime manifestacion permanecerá siendo un honor y una fuerza para la ciencia francesa. Feliz soy, viendo que se ha presentado la ocasion de ensalzarle en el seno de nuestra Academia, y de tributarle una cordial adhesión.»

Apéndice A.—Una hipótesis sobre el Diluvio por el abate Gaiuet (autor de la *Biblia sin la Biblia*). El diluvio universal cae bajo el dominio de la historia. Sobre estos testimonios históricos, la santa Escritura es como una columna luminosa que domina á todos los demás documentos por la antigüedad, sencillez y majestad de su relato. La geología da la razon á la historia, y recibe de ella nuevas luces. La contemporaneidad del diluvio geológico y del diluvio bíblico es tan probada como posible. Sin embargo, el diluvio del abate Gaiuet es en demasía el diluvio de M. Lambert, que para nosotros no es el diluvio de Moisés.

Apéndice B.—El proceso original de Galileo, publicado por primera vez, por Domingo Berti. M. Berti ciertamente ha publicado estos documentos con intencion hostil. Ha querido reanimar las acusaciones envenenadas que despues de más de dos siglos reptitense todavía cada día. En mi conviccion profunda ha hecho como Balaam: vino para maldecir, y se extendió á pesar suyo en bendiciones,

porque estos documentos originales ponen perfectamente en evidencia los hechos siguientes: 1.º Galileo fué únicamente encausado con motivo de su carta al R. P. Castelli, ó de su excursion en el dominio de la esplicacion bíblica y de la teología. Galileo cayó en un grande error que envenenó todo; miró como falsas en su sentido propio las palabras de Josué: *¡Sol, detente!* mientras que estas palabras, en cuanto sirven para mandar á uno de los cuerpos celestes con el objeto de prolongar la duracion del día, son verdaderas y necesarias, aun en el sistema de Copérnico; la prueba es que todos los astrónomos, hoy día todavía, dicen y dirán siempre: el sol sale, el sol se pone, el sol pasa por el meridiano, el sol se detiene en el solsticio, etc. 2.º Por haber usado de frases equívocas sobre el mandato de guardar un silencio completo sobre el sistema de Copérnico que se le hizo en presencia del cardenal Belarmino, y por el hecho de la fragante violacion de la promesa que hizo, Galileo fué amenazado con el exámen riguroso ó el tormento; pero el mismo M. Berti se apresura á reconocer que las amenazas no fueron ejecutadas. Galileo fué tratado hasta el fin con dulzura y con el mayor miramiento. 3.º Los derechos de la ciencia y de la verdad fueron respetados por el hecho de que la opinion de Copérnico era autorizada ó tolerada como hipótesis científica, completamente independiente de los Libros santos. 4.º Galileo en sus interrogaciones afirmó que condenaba y abjuraba verdaderamente el sistema de Copérnico. 5.º Era la filosofía, es decir, la ciencia del tiempo la que afirmaba la inmovilidad del Sol y la movilidad de la Tierra, como era también la ciencia de Galileo la que declaraba incompatible la inmovilidad del Sol y el mandato: *¡Sol, detente!* 6.º La condenacion de Galileo, en las condiciones en que fué pronunciada, era necesaria, inevitable, eminentemente razonable y razonada. Aquella se comprende, pero lo que no se comprende es el consentimiento dado por Galileo á la sentencia pronunciada contra él, ó sea su abjuracion. 7.º El Santo Oficio se engañó, pero permaneció al menos